

## CRÓNICA DEL CINE DEL CARIBE

Guadi Calvo

*En el mar de las Antillas, que también Caribe llaman.*

Nicolás Guillén

*A través de las imágenes, a través del cine, creo que los antillanos ganarán mayor confianza en sí mismos.*

Aimé Césaire

**El** Caribe convoca y evoca sueños e ilusiones. Mulatas, bucaneros, dictadores, guerrilleros, galeones embrujados, daikiris, mojitos, reggae, salsa, Cohiba, Vuelta Abajo, Partagás y, para terminar la fiesta, un atardecer de aquellos en ese mar de siete colores. Pero al Caribe lo definen y circundan realidades a veces no tan amables: ciclones, terremotos, crisis, invasiones y el difícil camino de la integración cultural.

La región sufre serios inconvenientes para lograr su unidad, su conformación física e histórica así lo determinan: físicamente hablamos de un archipiélago que se extiende en abanico desde Bahamas hasta la costa venezolana, en un mar que abarca 2.415 km de este a oeste y entre 640 y 1.450 km de norte a sur. Su constitución histórica convierte la realidad antillana en un complejo yacimiento étnico y cultural. Fueron varias las naciones europeas que se lanzaron a su conquista a partir de 1492, España desde luego, pero también los imperios más importantes de los siglos XVII y XVIII, como Francia, Inglaterra, Holanda y en los últimos años del siglo XIX, Estados Unidos, trayendo e instalando todos ellos sus costumbres, su lengua y sus variantes religiosas. A esto obviamente hay que sumarle las naciones aborígenes que habitaban antes de la llegada de los europeos, como los Caribes, Taínos, Araucos y otras, así como la importación de un desconocido pero gigantesco número de africanos, acarreados como esclavos a la región, quienes trajeron asimismo sus dioses, sus ritos, en definitiva, su vigorosa cultura, manifiesta en cualquier rincón del Caribe en religiones como la *Santería*, en diversas expresiones musicales y en la fuerte presencia del *creole*, lengua que tiende a unificar la región. A toda esta variedad de razones que diversificaron la cultura regional se le deben sumar dos importantes colectividades: la china y la hindú, con fortísima presencia, la primera sobre todo en Cuba y la segunda en Trinidad, que aún aportan sus contrastes.

Dadas todas estas circunstancias es casi imposible hablar de una cultura Caribe o Antillana; aunque quizá existan algunos elementos comunes, estrictamente no hay una literatura que lo unifique o un cine que los distinga. Pero hacia ello se navega.

El guadalupano Christian Lara, uno de los cineastas más importantes de la región, dice:

Para que un film sea caribeño el director debe ser del Caribe, el tema y la historia deben ser caribeños, el actor o la actriz protagonistas deben ser de aquí, se debe emplear el creole como idioma, y la unidad de producción igual.

Quizá este sea un buen punto de partida para que emerja del mar Caribe un cine propio. Con esta categorización se reducen en mucho las producciones netamente caribeñas; incluso la primera película de Christian Lara, *Une glace avec deux boules*, filmada en Francia, cae en la categoría de *negropolitanos*, una conjunción que define al cine de los negros (caribeños) hecho en las metrópolis, sean Londres, París o Hollywood, como las películas de Willy Rameau, francés de padres martiniqueños.

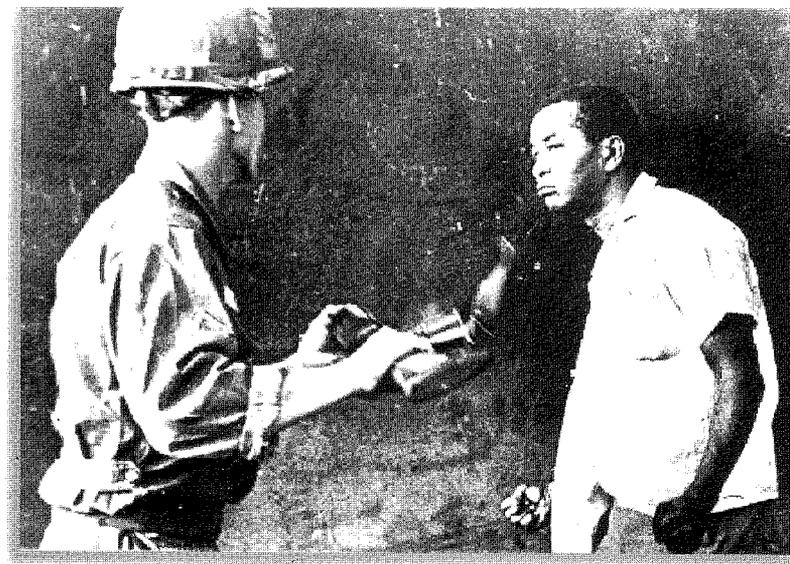
Si es difícil entonces definir el cine del Caribe, no lo es tanto cuando se trata de nombrar realizadores que se definen a sí mismos como caribeños. Euzhan Palcy, de Martinica; Felix de Rooy y Norman de Palm, de Curazao; Perry Henzell, de Jamaica; Jacobo Morales, de Puerto Rico; Raoul Peck, y Arnold Antonin, de Haití; y René Fortunato, dominicano, son sin duda los más importantes.

En esta estructura de pequeñas isla-naciones se destaca obviamente Cuba, que dada su producción sería imposible englobarla en un artículo junto a estas cinematografías. Es importante señalar que apenas pasaron unos pocos meses del triunfo de la Revolución, después de las leyes de Reforma Agraria y la constitución de la Casa de las Américas, cuando se crea el Instituto Cubano del Arte y la Industria Cinematográficos (ICAIC), el 24 de marzo de 1959, que dotaría a los realizadores cubanos de una excelente batería de leyes que les permitirían lanzarse a filmar como pocas veces se ha visto en Latinoamérica.

El resto de las naciones no ha corrido, para nada, suerte parecida, y la construcción de una cinematografía propia

se torna difícil, por momentos imposible, quizás con la excepción de Puerto Rico, que por esa extravagante condición de Estado Asociado a los Estados Unidos (recuérdese la invasión a Bahía de Guánica en 1898) recibe algunos dineros para producciones locales. Jacobo Morales (1934) es sin duda el nombre clave de esta cinematografía, que había empezado en 1910 con Rafael Colorado, quien rodó varios documentales: *El 4 de Julio*, *Baile de Bomba en Cangrejos*, *Botadura del Josefina*, *Labor day*, *Llegada del Gobernador Colton a Puerto Rico* y, en 1916, *Por la Hembra y el Gallo*, *El Milagro de la Virgen* y *Mafia en Puerto Rico*. En 1912 se realiza *Un Drama en Puerto Rico*, la primera película de ficción filmada en la isla. En los cuarenta, Emilio Vigiú producirá algunos documentales científicos; incluso mandó fabricar a la Eastman Kodak una película que pudiera captar al mosquito anofeles durante el desove. Pero el cine boricua encontrará recién en Jacobo Morales a su gran realizador, dramaturgo, actor, que filma su primer largo en 1980, *Dios los cría*, film que se convertirá en una pieza de culto y no sólo de su país, ya que la han catalogado entre las veinticinco películas más importante de la historia del cine latinoamericano. *Nicolás y los demás* (1985) y *Lo que le pasó a Santiago* (1990) lo consagran internacionalmente. Este último film fue nominado al Oscar como mejor película en idioma extranjero, quedando en segundo lugar después de la producción italiana *Cinema Paradiso*, del italiano Giuseppe Tornatore. En 1998, Jacobo Morales es convocado junto a otros diez directores, entre ellos Fernando Birri, Andrés Marroquín, Juan Carlos Tabío, Edmundo Aray, Julio García Espinosa y María Novaro, por Gabriel García Márquez, para realizar *Enredando Sombras*, donde cada uno de los directores filmó un corto, en conmemoración de los cien años del Cine Latinoamericano. El capítulo de Jacobo fue *Jugando en serio*, en el que vincula a los niños con el cine del futuro.

El jamaquino Perry Henzell dirige *The Harder They Come* (1973), la película más exitosa de la historia jamaquina, que la noche de su estreno en Londres fue un estrepitoso fracaso, donde faltaron hasta los críticos. En este film Henzell describe la problemática de la población negra, simbolizada en la historia de Iván, un joven que llega a Kingston desde el interior de la isla



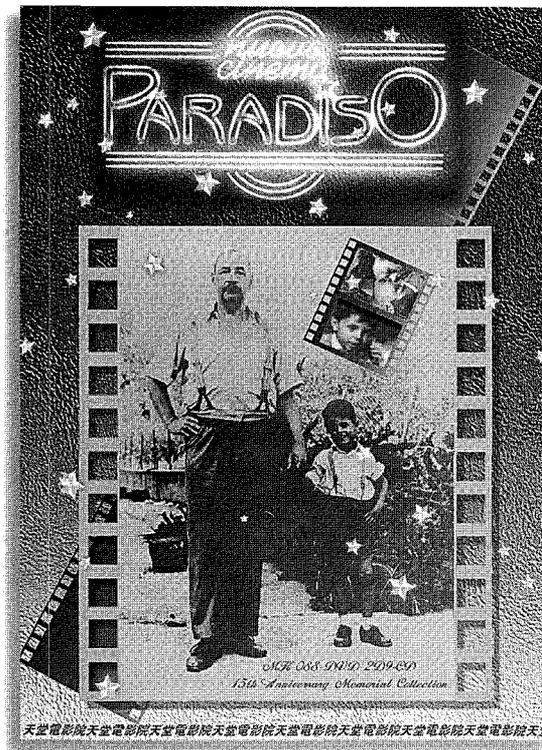
buscando triunfar como estrella de reggae. *The Harder...* ha inspirado a otros films jamaquinos como *Dance Hall Queen* y *Third World Cop*.

El guadalupano Christian Lara, periodista, actor y director de teatro, logra su máxima realización cinematográfica con *Azúcar amarga* (1997) sobre la esclavitud en su país. Con *1802, l'épopée guadeloupéenne* (2003) reedita la expedición de mariscal Antoine Richepance, quien fue enviado a la isla por la metrópolis francesa para terminar el movimiento independentista.

La martiniqueña Euzhan Palcy (1958) realiza su primer film, *La calle de las cabañas negras* (1983), basado en la novela *Shack Alley* (1953) de José Sobel, cuyo guión lo trabajó nada menos que junto a François Truffaut. La historia narra la vida en las plantaciones cañeras de Martinica de los años 30. Con este film ganaría más de 14 premios internacionales, incluyendo el León de Plata en Venecia. Le seguirán *Una árida estación blanca* (1989) basada también en una novela, esta vez, de André Brink; *Comment vont les enfants* (1990), *Simeon* (1992), *Aimé Césaire, una voz para historia* (1995); y las producciones para televisión *Ruby Bridges* (1998) y *The Killing Yard* (2001). Euzhan es la primera directora negra en ser llamada por Hollywood, para trabajar en la industria. También de Martinica, Guy Deslauriers presenta *The Exile Of King*

*Behanzin* (1995).

El cine en Santo Domingo se inaugura en 1915, cuando el español Rafael Colorado, de quien ya hemos visto





su trabajo en Puerto Rico, rueda *Excursión de José de Diego en Santo Domingo*. Francisco Arturo Palau filma poco después, en 1922, *La Leyenda de Nuestra Señora de Atagracia*. La primera película sonora fue un noticiero sobre la inauguración de Ciudad Trujillo, en 1930. *La Silla* (1963) de Franklin Domínguez, será la primera película hecha enteramente en la República Dominicana, que se atreverá a discutir la dictadura de Trujillo. El controversial documentalista René Fortunato estrena en 1988 *Abril: La Trinchera del Honor*, en la que se cuenta la rebelión militar encabezada por el coronel Francisco Alberto Caamaño Deño y la posterior intervención militar norteamericana a Santo Domingo, en abril de 1965, documental realizado con imágenes y sonidos de la época. Esta producción ganó el Premio Pitirre al mejor documental de la región del Caribe en el II Festival de Cine de San Juan, en octubre de 1990. En *El Poder del Jefe* (1991), film construido con material de archivo de 1916 a 1937, Fortunato presenta las causas que permitieron el surgimiento de la dictadura de Trujillo. Una de las últimas producciones dominicanas ha sido *La Cárcel de La Victoria... el cuarto hombre* (2004) de José Enrique Pintor, un film sobre el sombrío penal dominicano.

René Fortunato es uno de los pocos cineastas caribeños que exploran el documental, junto a la haitiana Christiane Succab-Goldman, quien filmó *Cuentos de ciclones* en 1991. El 16 de septiembre de 1989 Guadalupe fue azotada por el ciclón Hugo, uno de los más violentos de la historia de las Antillas. La cámara trabaja sobre los rastros que ha dejado Hugo en la memoria y el imaginario de los habitantes de la isla. Charles Najman, otro documentalista haitiano, rodó en 1999 *Las visiones de la Señora Nerval*, sobre una curandera vudú, hablada en creole; un a puja en lo fantástico y lo concreto.

Trinidad Tobago presenta algunos cortos de disímiles facturas, como *And The Dish Ran Away With The Spoon*, (1993), de Bruce Paddington; *Musique De La Rue*, (1995)

y *Atiba Williams: Pan Prodiges* (1999), de Christopher Laird y Bruce Paddington.

Los máximos representantes del cine haitiano y los de mayor presencia internacional en la región y el continente, son: Raoul Peck (1953), educado en el Congo y Francia, quien ha desarrollado una gran carrera. Algunos de sus films son *Haití arrinconada* (1987-1988), *Hombre en la orilla* (1993), *Lumumba - muerte de un profeta* (1991), *Desounen - diálogo con la muerte* (1994), *Haití - silencio de los perros* (1994) y *Lumumba* (2000). Y el prolífico Arnold Antonin, de quien son *Duvalier acusado* (1974), *Duvalier condamné* (1975), *Ayiti, men chimen Libèrte*, *Le chemin de la Liberté* (1975), *Le Manioc est la vie de Maréchal* (1988), *Port-au-Prince, la 3ème Guerre Mondiale a déjà eu lieu* (1993), *Courage de Femme* (2000), *Piwouli et le Zenglendo* (2002), *Jeunes, sexualité et Sida: trois capsules de 2 min* (2003) y *Souvenance, Communauté dahoméenne du Vaudou* (2003). Quizá el más interesante de sus films sea *Un Tonton Macoute peut-il être un poète?* (1981), que sirvió para romper el silencio sobre la compleja realidad en tiempos de los Duvalier, planteando distintos temas que motivan el debate sobre la cultura latinoamericana. Participan, entre otros, el venezolano Luis Britto García, el argentino Julio Cortázar, el peruano Manuel Scorza y el haitiano René Audain.

Y en esta enumeración ligera finalmente podemos nombrar, de Curazao, a Felix de Rooy y Norman de Palm, como director y productor respectivamente, quienes han realizado filmes importantes, como *Desiree*, *Almacita de Desolato*, *Ava* y *Gabriel*.

El cine caribeño es todavía un proceso de búsqueda y definición. Muchos de estos países alcanzaron su independencia en los ochenta y recién ahora están formando los hombres que sin duda encontrarán esa ansiada unidad cultural y, como dijo uno de los más grandes poetas que ha dado América toda, el martiniqués Aimé Césaire:

Lo que más hemos sufrido, más que ningún otro pueblo del mundo, es la verdadera alienación, es decir, la falta de conocimiento sobre uno mismo. Para mí este tema es fundamental. El antillano es un ser humano privado de su propio ser, de su historia, de sus tradiciones, de sus creencias. Es un ser abandonado en una cáscara de nuez. Creo que el tipo de filmes extranjeros que hemos visto ha contribuido grandemente a crear este estado de cosas. ☐

**Guadi Calvo** (Buenos Aires, 1955). Escritor, fotógrafo y periodista argentino. Ha publicado el libro de cuentos *El Guerrero y el Espejo* y la novela *Señal de Ausencia*. Como periodista ejerce la crítica cinematográfica para diferentes medios de Argentina, Latinoamérica y Europa, especializándose en cinematografías periféricas y latinoamericanas. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.